

FORO: Trayectos y Territorios de Desempleo.
Sus efectos sobre los espacios regionales y locales.

Mar del Plata, 18 y 19 de marzo de 2005

**El camino hacia la exclusión social por la crisis ocupacional:
un estudio del caso marplatense**

Marcos Esteban Gallo y María Eugenia Labrunée

Resumen

El marcado deterioro de los indicadores sociales que ha experimentado nuestro país en los últimos años aparecen como la culminación de un largo proceso de reestructuración económica y social que, profundizado en los años noventa, entró en eclosión con la crisis de diciembre de 2001. Las tendencias principales observadas durante esos años fueron un crecimiento sostenido de la pobreza y la marginalidad, junto la concentración del ingreso y el empeoramiento de las condiciones del mercado de trabajo. Todo esto conformó una dinámica social centrífuga, en la que cada día sectores más amplios de la población corren el riesgo de sufrir un deterioro en su calidad de vida. Atendiendo a lo antedicho, este trabajo procura identificar los factores que refuerzan el riesgo que corren familias e individuos de sufrir un deterioro en sus niveles de bienestar, a partir de la crisis ocupacional que presenta el mercado de trabajo argentino.

Introducción

El conjunto de reformas implementadas durante la década del noventa llevaron a la consolidación y profundización de tendencias que significaron, en el ámbito de lo social, una notoria concentración del ingreso y una significativa extensión de los niveles de pobreza e indigencia.

En términos históricos las medidas tomadas desde los inicios de la década se enmarcaron en un proceso de reestructuración económica que, con ciertas particularidades locales y regionales, afectó a casi todos los países de América Latina, cuyos gobiernos adhirieron al ideario

proclamado en el Consenso de Washington. En líneas generales, el mismo proponía como camino para lograr el crecimiento un conjunto de medidas inspiradas en doctrinas económicas ortodoxas, entre cuyas principales recomendaciones cabe destacar una política económica signada por el equilibrio presupuestario, baja inflación, mercados desregulados y libre comercio.

En Argentina, las proposiciones contenidas en el Consenso de Washington se llevaron a cabo con especial profundidad, con fuertes repercusiones económicas, sociales y laborales. Así, al amparo del crecimiento experimentado durante la primera fase de las reformas, tuvo lugar una activa política signada por el retroceso del Estado en áreas clave para la efectiva vigencia de los derechos sociales, como son la salud, la educación y el régimen de previsión social. Simultáneamente, la flexibilización de los mercados laborales implicó el desmantelamiento de buena parte de los sistemas de protección de los trabajadores, en un contexto en el que la precariedad, la subocupación y el desempleo comenzaban a erigirse en males endémicos de la economía argentina.

Como corolario, la polarización del ingreso y los niveles crecientes de exclusión y marginalidad parecieron confirmar de manera inequívoca la existencia de una dinámica centrífuga en la sociedad argentina, en la que cada día más personas se ven frente a la posibilidad de sufrir un deterioro en sus condiciones de vida.

Estas problemáticas, que se presentan en grado más que preocupante a nivel nacional, aparecen con especial intensidad en el ámbito local, debido a ciertas especificidades de la estructura productiva del aglomerado. Estas circunstancias hacen que revista particular importancia conocer la medida en que los efectos derivados de las dificultades laborales que aquejan a buena parte de la población marplatense, sitúan a individuos y familias frente al riesgo de padecer un perjuicio en su calidad de vida que puede derivar, en última instancia, en situaciones de exclusión social.

El análisis de esta cuestión es abordado desde la noción de la vulnerabilidad social, la cual busca enfatizar desde un punto de vista dinámico el riesgo de los hogares de sufrir un deterioro en sus condiciones de vida. Y dada la relevancia que presenta al respecto la vinculación entre las problemáticas laborales y los niveles de pobreza, se efectúa la aproximación al tema desde una perspectiva socioocupacional.

En este estudio se realiza, en primer término, un análisis de las principales tendencias de la situación socioocupacional de la sociedad argentina durante los últimos años. En segundo lugar,

se presentan algunas referencias respecto a la noción de vulnerabilidad social, destacando aquellos aspectos que la posicionan como una categoría analítica superadora de otras como pobreza y exclusión. Seguidamente, adhiriendo a la propuesta metodológica de Alfredo Monza, se presenta un análisis empírico para el caso del aglomerado Mar del Plata Batán. Sobre esa base, se identifican los hogares considerados vulnerables, según la información proporcionada por la Encuesta Permanente de Hogares para Octubre de 2002 y se caracteriza a los hogares y familias afectadas por la crisis socioeconómica y del empleo partiendo de la premisa de que el deterioro de su situación ocupacional tiene efectos negativos sobre las condiciones de vida materiales de la población. Tal caracterización se realiza en virtud de algunos atributos propios de la unidad familiar, ocupacionales y personales de sus integrantes.

Por último, se plantean variables adicionales, consideradas pertinentes de inclusión para identificar situaciones de vulnerabilidad social desde perspectivas complementarias.

La década del noventa ha sido para la Argentina un período de profundas reformas estructurales que, en términos históricos, significó la consolidación de un nuevo modelo de acumulación, cuyos orígenes se remontan al agotamiento del modelo sustitutivo a mediados de los años setenta. Es entonces cuando, bajo el sello de las políticas económicas aplicadas por la dictadura militar, comienzan a hacerse visibles tendencias que se consolidarían más tarde, como el deterioro general de las condiciones del mercado de trabajo o el aumento en los niveles de pobreza y desigualdad. No obstante, en un primer momento, estas problemáticas están lejos de presentar el grado de gravedad que alcanzarían en los años noventa.

A partir de 1991 se implementa el Plan de Convertibilidad, el cual debe entenderse como parte de un proceso de reestructuración socioeconómica caracterizado por la desregulación y liberalización de los mercados, la privatización generalizada de las empresas del Estado y del sistema de previsión social, la apertura de la economía y la constitución del Mercosur.

Como resultado de las medidas adoptadas, el éxito en el control de la inflación permitió mejorar el poder de compra de los salarios y facilitó la difusión del crédito. Asimismo, en el marco de un contexto internacional favorable, la estabilización de las variables fundamentales alentó un masivo ingreso de capitales que contribuyeron a sostener una fuerte expansión del

producto durante los primeros años de la década. Así, entre 1990 y 1994 el PBI creció a una tasa del 7,7% promedio anual (Lacabana et al., 1997).

No obstante, el crecimiento de la economía no se tradujo en una mejora de los indicadores referidos al mercado de trabajo. Por el contrario, entre 1991 y 1993 el desempleo pasó del 6% al 9,3%, para dispararse a partir de 1994, en el marco de un contexto recesivo ocasionado por la reversión del flujo de capitales externos. Luego del pico alcanzado en 1995, el nivel de desempleo mostró una reducción significativa como consecuencia de la recuperación económica subsiguiente, pero permaneciendo muy por encima de los niveles registrados al inicio de la década. Por otra parte, la creación de empleo que tuvo lugar a partir de 1996 aludió mayormente a puestos de trabajo precarios y/o transitorios (Alegre, Lanari, López, 2001).

El incremento del desempleo y subempleo acaecido a lo largo de la década repercutió en la estructura y magnitud de la pobreza debido a que, por múltiples factores, es en los sectores pobres donde más impactan los problemas laborales. Los integrantes de los hogares pobres tienen menos posibilidades de inserción laboral que el resto, y entre los que están ocupados abundan los trabajos temporarios o las changas, consolidando a las formas de trabajo precario o al empleo informal como estrategias de supervivencia centrales entre los sectores pobres ¹ (López, Lanari, Alegre, 2001).

Al deterioro en las condiciones de la pobreza estructural se sumó la ampliación de los llamados nuevos pobres, capas provenientes de la clase media que, debido a problemas laborales, han visto disminuir su nivel de ingresos, con el consiguiente deterioro en su calidad de vida, pero sin llegar a la situación de los pobres estructurales.

A este cuadro deben agregarse los efectos de la crisis de 2002, que con su secuela de inflación y recesión, llevaron los índices de desempleo y pobreza a récords históricos. Los datos proporcionados para el total del país por parte del INDEC para Octubre del 2002 muestran una tasa del 17,8 % de desocupación y un 57,5% de personas bajo la línea de pobreza.

De este modo, Argentina, que antes se diferenciaba del resto de los países de América Latina por su amplia y próspera clase media y por sus niveles relativamente elevados de bienestar e

¹ Las estrategias de supervivencia se refieren a los mecanismos implementados por los sectores populares urbanos a fin de obtener los recursos necesarios para la satisfacción de sus necesidades de reproducción material, cotidiana y social, y a la optimización en la utilización de dichos recursos (Cariola, 1994).

igualdad, ha visto incrementarse dramáticamente en los últimos años sus indicadores de pobreza e indigencia, así como las brechas en la distribución del ingreso. Todo ello enmarcado por el deterioro general en las condiciones del mercado de trabajo, caracterizado por elevados índices de subempleo y desempleo abierto, caída de las remuneraciones, y precarización de las relaciones laborales.

La situación en la ciudad de Mar del Plata no escapa a esta realidad, la cual se ve agravada en muchos aspectos en comparación con el promedio del país. En efecto, las tendencias observadas en la década del '90 a nivel nacional, se presentaron con especial intensidad en esta ciudad debido tanto a su particular estructura productiva², vinculada a su perfil turístico, como al retroceso de ciertos sectores claves de su economía, como son el textil y el pesquero.

El indicio de recuperación de estas industrias a partir de la devaluación del peso no repercutió de manera significativa en los indicadores globales del aglomerado Mar del Plata - Batán, afectados por el contexto recesivo y por la caída en el poder adquisitivo de las remuneraciones. Igualmente preocupante fue la evolución de la pobreza en la ciudad, la cual ha aumentado notablemente a raíz del deterioro en la calidad de vida y el nivel de ingresos de los sectores medios, los cuales han pasado a engrosar el grupo de los nuevos pobres.

Así, al igual que en el resto del país, se han multiplicado en Mar del Plata las manifestaciones de una fragmentación y una heteroginización social, que en muchos casos pueden ser consideradas como ejemplos extremos de exclusión.

Vulnerabilidad Social: la dinámica de la exclusión

En líneas generales el concepto de vulnerabilidad hace referencia a la potencialidad de sufrir daños a raíz de fenómenos o acontecimientos de orden externo. Entre la protección total o invulnerabilidad absoluta y la completa indefensión existe una gama de situaciones intermedias

² El análisis de la estructura productiva marplatense permite observar que el 76% del producto bruto geográfico (PBG) del partido de General Pueyrredon corresponde al sector servicios, dentro del cual el rubro más significativo lo constituyen las actividades inmobiliarias, seguido por el segmento integrado por comercio, hoteles y restaurantes, y las actividades relacionadas con el transporte. El sector secundario representa el 17% del PBG, mientras que al sector primario le corresponde el 7% (Atucha et al., 1998).

que definen un gradiente de vulnerabilidad que está en función de las posibilidades de hacer frente a la agresión externa.

La idea de vulnerabilidad social se enmarca en esta definición y remite esencialmente a la situación de riesgo a la que se ven expuestas comunidades familias y personas ante cambios en las condiciones del entorno.

El concepto de vulnerabilidad social es relativamente nuevo y se halla aún en plena etapa de gestación teórica y metodológica, por lo que en la bibliografía existente sobre el tema es posible encontrar estudios de índole muy diversa que tiene su denominador común en el énfasis sobre situaciones de perjuicio potencial. Los trabajos pioneros sobre la cuestión versan acerca del riesgo de familias y comunidades ante desastres naturales o situaciones catastróficas como guerras o hambrunas (Longhurst 1994). Una segunda vertiente aborda el enfoque de la vulnerabilidad en un intento por comprender el impacto de fenómenos socioeconómicos traumáticos sobre las condiciones de vida de las comunidades rurales (Chambers 1989, Chambers 1995, Longhurst 1994, Buchanan-Smith y Maxwell 1994, Bayliss-Smith 1991).

Más recientemente el concepto de vulnerabilidad social ha sido adoptado para evaluar los efectos de las transformaciones económicas, políticas y sociales sobre determinados sectores de la población (Moser 1998). En el caso particular de América Latina el enfoque de la vulnerabilidad ha cobrado relevancia como forma de abordar el análisis de los impactos sociales que han traído consigo los sucesivos ajustes macroeconómicos y la consolidación del nuevo patrón de acumulación basado en la desregulación de los mercados, la flexibilización laboral y la reducción de las funciones del Estado.

El carácter intrínsecamente complejo del fenómeno permite una aproximación al mismo a partir de las distintas dimensiones que asume; así puede hablarse de vulnerabilidad social poniendo énfasis en el aspecto sociodemográfico, en las problemáticas vinculadas a la inserción laboral, o en las posibilidades o restricciones que se presentan a partir de los recursos de que disponen los hogares. Pero en todos los casos se destacan dos características fundamentales que hacen a la esencia del concepto de vulnerabilidad social y que lo diferencian de otras categorías analíticas.

En primer lugar se destaca el carácter dinámico y multidimensional del problema, en contraste con otras concepciones que dan cuenta de una situación estática de malestar social, como pobreza y exclusión. El concepto de pobreza identifica en forma homogénea a colectivos

sociales heterogéneos a partir de situaciones de privación material definidas en función de los ingresos o de la insatisfacción de un conjunto de necesidades, sin ahondar en los procesos de orden causal que determinan tal condición. Por su parte, el concepto de exclusión se refiere al debilitamiento de los vínculos entre individuos o grupos específicos y el resto de la comunidad, dificultando las posibilidades de intercambio material y simbólico. La vulnerabilidad social, en cambio, remite a las circunstancias que potencian la probabilidad que tienen ciertos actores de sufrir un deterioro en sus condiciones de vida, enfatizando el aspecto dinámico del proceso.

En definitiva, mientras la pobreza y la exclusión están referidas a dimensiones particulares que asumen situaciones de malestar social ya concretadas, la vulnerabilidad social se propone detectar la convergencia de circunstancias que incrementan el riesgo de sufrir una contingencia consistente en la profundización de una situación de malestar social. La vulnerabilidad social, entonces, busca establecer relaciones de causalidad múltiple, procurando identificar las condiciones que refuerzan la reproducción de los procesos de deterioro del nivel de vida de hogares e individuos.

En segundo lugar, la vulnerabilidad social es entendida como el resultado de una relación dialéctica entre las condiciones externas y el conjunto de activos de que disponen los actores sociales junto con las posibilidades de implementar estrategias para su utilización. Esta relación es lo que algunos autores han representado como la oposición entre entorno e interno (Busso 2003), entendiendo por este último a la unidad de referencia -individuo, hogar, comunidad- que tiene como atributo cierta capacidad de respuesta y adaptación. Desde este punto de vista, la vulnerabilidad no es sólo el producto de circunstancias externas, sino que se define también a partir de la capacidad de reacción de los actores, la cual estará en función de su dotación de activos y de las estrategias que lleven a cabo para su uso y reproducción. Por lo tanto, se hace hincapié no sólo en los aspectos negativos de las transformaciones del entorno, sino también en las oportunidades que éste ofrece, las cuales podrían ser aprovechadas por familias e individuos apelando a una adecuada gestión de sus recursos. La vulnerabilidad así entendida comprendería tres aspectos centrales (Busso 2003): 1) activos, 2) estrategias de uso y reproducción de activos, 3) oportunidades que ofrecen el mercado, el Estado y la sociedad civil. A partir de aquí la cuestión puede abordarse desde otra óptica: la del desajuste entre dotación de recursos y oportunidades existentes. En efecto, algunos autores (Kaztman 2000, Kaztman et al. 1999) sostienen que la vulnerabilidad consiste precisamente, en la falta de correspondencia entre

activos y estructura de oportunidades, esto es, cuando los activos no son suficientes, son poco pertinentes o difíciles de manejar para aprovechar la estructura de oportunidades existente.

Es este un punto en que la cuestión merece ciertas consideraciones y cuidados. Si se analiza con detenimiento el aspecto discursivo de la vulnerabilidad social como relación entre recursos y oportunidades, es posible detectar una forma sutil de transferir a los más perjudicados de la sociedad la responsabilidad por su propia situación.

Este enfoque de la vulnerabilidad social, al hacer hincapié en lo que los carenciados tienen, en lugar de en lo que les falta, y al hacer parecer su situación como el resultado de un desajuste entre sus recursos y las posibilidades que ofrece el entorno, da pie a sugerir que la vulnerabilidad puede ser el resultado de una incapacidad de adaptación a las condiciones del medio, antes que de la hostilidad del mismo. Si esto es así, las situaciones de desposesión a las que impulsa la vulnerabilidad se deben a las propias características que revisten los desposeídos.

El problema radica en un error de diagnóstico. Las diversas formas de la pobreza, la exclusión y el desamparo no tienen su origen en un desajuste entre recursos y oportunidades, sino en el funcionamiento intrínseco del modelo de acumulación. Como afirma Robert Castel, los rasgos constitutivos y esenciales de las situaciones de exclusión no deben buscarse en las situaciones mismas. Lo mismo podemos argumentar sobre sus causas. Todo esto es el resultado de un proceso que atraviesa al conjunto de la sociedad y que se origina en el centro y no en la periferia de la vida social (Castel 1999). Al pretender buscar razones de causalidad dentro de las propias caracterizaciones de las situaciones de vulnerabilidad se pierde de vista el carácter centrífugo de las sociedades actuales. Así se elude la necesidad de cuestionar los procesos globales que expanden las brechas de desigualdad y exclusión.

En cambio, el concepto de vulnerabilidad social adquiere valor si se reconoce que las fuerzas que impulsan a las personas y los hogares hacia estados cada vez más graves de desposesión tienen su origen en el centro del sistema. Entonces la vulnerabilidad puede ser entendida como el producto de un estado de indefensión o de mayor exposición frente a las fuerzas centrífugas de la sociedad. Es aquí donde el concepto aparece como una categoría analítica superadora de otras como pobreza o exclusión. Al revestir un carácter dinámico y multidimensional, permite conocer con mayor nivel de detalle las formas en que se concretizan las tendencias expulsivas del sistema. Teniendo en cuenta estas consideraciones, se puede utilizar el concepto de vulnerabilidad para arribar a un análisis más rico que el que posibilitan otras

categorías referidas a situaciones estáticas. Pero no se debe olvidar que no es posible definir procesos de causalidad autocontenidos dentro de los propios parámetros demarcan a la vulnerabilidad social.

Aspectos metodológicos

Como ya fue mencionado, el abordaje metodológico para medir la vulnerabilidad social a partir de una perspectiva sociolaboral se basa en la propuesta de Alfredo Monza. Se estiman, según este criterio, los hogares afectados por la crisis ocupacional en el aglomerado Mar del Plata-Batán en la onda Octubre de 2002.

El indicador utilizado, además de identificar a quienes viven en circunstancias que potencian el riesgo de sufrir un deterioro en sus condiciones de vida, contempla también a los hogares cuya situación de pobreza o desposesión los sitúa en una situación de vulnerabilidad ya concretada; esto es lo que podría denominarse como sectores *vulnerados*. De esta forma, se cubren dos etapas distintas en el trayecto que va desde el centro hacia la periferia de la sociedad. Asimismo, este punto de vista responde a la afinidad o coincidencia de los planes de acción de las políticas sociales destinadas a ambos grupos: vulnerados y vulnerables. (Monza, 1999)

En vista de que el riesgo de los hogares está evidentemente influenciado por el nivel de ingresos, en cuanto a aspectos de acumulación de activos materiales e intangibles de protección, el indicador considera los deciles de ingresos per cápita familiares como límites definitorios. Para los ingresos medios se tiene en cuenta además, el nivel de estabilidad o seguridad de los mismos.

A partir de estos aspectos interpretativos, Monza define a un hogar como vulnerable si:

- i) se ubica en los tres primeros deciles de la distribución del ingreso familiar per cápita; o si
- ii) ubicándose en los deciles cuarto a séptimo, 50% o más de sus ingresos provienen de inserciones ocupacionales en el sector informal, en el servicio doméstico o en condiciones de semiocupación o de precarización.

Este indicador tiene la doble característica de ser complejo y dicotómico ya que, por una parte, los deciles de distribución se agrupan en dos grandes agregados y, por la otra, para el porcentaje de ingresos inestables se admiten sólo dos intervalos (Monza, 1999).

Las modalidades de inserción laboral inestables incluyen:

1. La precariedad laboral, la cual se detecta por la ausencia de aportes jubilatorios y/o en los casos en que se declare alguna de las formas de relación laboral no permanente, es decir, trabajo temporario -por plazo fijo-, changa o de duración desconocida -inestable-.

2. El sector informal urbano, identificado a partir de los patrones y asalariados de microempresas -establecimientos donde se desempeña un número igual o menor a 5 personas-, los cuentapropistas no profesionales, y los trabajadores sin salario. También se incluye en esta modalidad el servicio doméstico, aunque sin dejar de tener en cuenta las objeciones hechas al respecto por la bibliografía que versa sobre el tema³.

3. La semiocupación o subocupación demandante, referida a los ocupados que trabajan menos de 35 horas semanales y que desean trabajar más horas y buscan activamente otra ocupación.

La situación en el aglomerado Mar del Plata-Batán

A partir de la concepción teórica propuesta y del marco metodológico adoptado, en este apartado se intenta caracterizar a los hogares más afectados por la crisis ocupacional a partir de una visión integral del fenómeno de la vulnerabilidad social. Así, a una metodología que contempla las situaciones de vulnerabilidad centrando su óptica en la situación sociolaboral de los hogares a través del monto y la calidad de sus ingresos monetarios, se le añade la consideración de un conjunto de atributos que refuerzan la indefensión de los hogares frente a las tendencias excluyentes de la sociedad. De este modo, el análisis permite detectar la forma en que las diferentes dimensiones de la vulnerabilidad confluyen sobre grupos específicos de población, allanando el camino a la exclusión.

Una primera aproximación a la magnitud del problema permite ver que, de acuerdo a la metodología propuesta por Monza, el 45,7% de los hogares del aglomerado Mar del Plata-Batán son clasificados como vulnerables. Del total de hogares vulnerables, casi el 69% (33% del aglomerado) lo es por sus bajos ingresos familiares; mientras que el resto (14,4% del aglomerado) se sitúa en la franja de ingresos medios, siendo más de la mitad de los mismos inestables o fluctuantes (Cuadro 1).

³ Según la definición del PREALC de la OIT, el servicio doméstico no forma parte del Sector Informal Urbano, dado que la mano de obra que se desempeña en este sector es contratada mayoritariamente por hogares, los cuales no son susceptibles de ser calificados como informales (Pérez Sáinz 1991).

En el primer caso, de acuerdo a los criterios interpretativos de Monza, se estaría frente a situaciones de vulnerabilidad ya concretadas. En efecto, los hogares ubicados dentro de los tres primeros deciles de ingreso per cápita se encuentran mayormente bajo la línea de pobreza presentando mayores dificultades para la satisfacción de sus necesidades básicas. Sin embargo, es posible verificar que un 5% de los hogares pobres se encuentran por encima de los primeros tres deciles de distribución. Se puede inferir entonces, que el hecho de considerar a los tres primeros deciles para reflejar situaciones de vulnerabilidad ya concretadas mantiene cierto grado de arbitrariedad, aunque conserva su validez al reflejar de modo inequívoco una tendencia.

Por otra parte, los hogares vulnerables en su conjunto presentan características sociodemográficas y ocupacionales que los diferencian sensiblemente del resto de la población, permitiendo inferir cuáles son los factores que refuerzan el riesgo de deterioro en sus condiciones de vida.

Así, por ejemplo, es posible establecer determinadas tendencias en la incidencia de la vulnerabilidad al clasificar a los hogares según clima educativo, tamaño y tasa de dependencia. Igualmente, se observan diferencias significativas al analizar la composición étnica de los hogares o la situación de actividad de sus principales componentes, en función a la situación de vulnerabilidad.

En relación con el clima educativo⁴, éste aparece claramente correlacionado con el nivel de vulnerabilidad. En concreto, mientras más de la mitad de los hogares donde ninguno de los cónyuges ha alcanzado a completar la primaria son vulnerables, esta proporción sólo llega al 21,5% entre los hogares con clima educativo alto (Cuadro 3). Igualmente elevado es el porcentaje de vulnerabilidad (55,3%) allí donde el nivel máximo de escolaridad alcanzado en el hogar es el de instrucción intermedia. Por otra parte, el 67% de los hogares vulnerables tienen un clima educativo que no supera el secundario incompleto (Cuadro 2). Ese umbral educativo se traduce en dificultades para obtener ingresos que permitan situarse fuera de la condición de vulnerabilidad. Esto es indicativo de una rigidez en la estructura social, por cuanto el escaso

⁴ Se entiende por clima educativo al máximo nivel de instrucción alcanzado por el jefe de hogar y/o el cónyuge. De acuerdo a los datos elaborados por el GrET -Fac. Cs. Ec. y Soc.- en base a la Encuesta Permanente de Hogares, el agrupamiento de las dimensiones educativas se efectúa por niveles de instrucción del siguiente modo: Bajo (sin instrucción y primaria incompleta), Intermedio (primaria completa y secundaria incompleta), Medio (secundaria completa y superior incompleta), Alto (superior completa).

nivel educacional alcanzado por ese porcentaje de hogares bloquea su principal canal de movilidad.

Casi invariablemente, niveles altos de escolarización de los cónyuges del hogar, implican mayores oportunidades para enfrentar los riesgos de un deterioro en su nivel de vida. Además los cónyuges son los decisores en cuanto a aspectos educativos de salud y nutrición de toda la familia. Por lo tanto este indicador es un importante predictor de la transmisión intergeneracional de activos que facilitan logros ocupacionales y de bienestar futuros (Kaztman, 2000). Niveles menores de educación se traducen en menos elementos para resolver problemas y enfrentar las exigencias que impone la sociedad, así como también una menor facilidad para entender códigos y mensajes comunicacionales (Vinocur, 1998). En síntesis, el capital simbólico de las personas y por ende, las oportunidades y alternativas de sus familias para beneficiarse en su desarrollo se ve disminuido.

En cuanto al tamaño del hogar, es notorio como el porcentaje de vulnerabilidad pasa de algo menos del 27% en los hogares con dos integrantes a casi el 86% donde conviven más de siete personas (Cuadro 5). Asimismo, vemos que mientras en el 14,7% de los hogares marplatenses conviven más de cuatro personas, esta proporción se eleva al 24,3% en el caso de los hogares vulnerables, alcanzando apenas el 7% entre los no vulnerables (Cuadro 4).

Estrechamente vinculada con esta variable se encuentra la tasa de dependencia⁵. Allí donde cada persona ocupada debe sostener las necesidades de seis o más individuos se observa que prácticamente la totalidad de los hogares son vulnerables, en tanto que esta proporción asciende al 37,8% en los hogares cuya tasa de dependencia es inferior a dos personas por miembro ocupado (Cuadro 7).

Dicho de otra forma, las tasas de dependencia más altas se registran mayormente entre los hogares vulnerables, de modo que por cada pérdida potencial de la ocupación, el riesgo de perder la fuente de ingresos afecta a mayor cantidad de personas.

⁵ Se define a la tasa de dependencia como la relación entre el total de miembros del hogar y el número de personas que trabajan.

El nexo entre tamaño y tasa de dependencia aparece clarificado al analizar la estructura etárea de los hogares (Cuadro 8). En efecto, en los hogares vulnerables los menores de quince años componen el 32% de los integrantes, 15 puntos porcentuales más que entre los no vulnerables. La mayor proporción de menores incide en la vulnerabilidad de los hogares por dos razones estructurales. En primer lugar, la disponibilidad de recursos tiende a ser menor en la etapa de formación y creación de las familias. Además, el nacimiento de los niños conlleva a una menor tasa de actividad de la familia como unidad económica. A su vez, incide en este aspecto la mayor tasa de fecundidad que caracteriza a las familias de menores recursos (Vinocur, 1998).

Esto condiciona irremisiblemente la capacidad de subsistencia de los hogares al reducir la parte de la población que está en condiciones de incorporarse al mercado de trabajo. Este factor constituye uno de los principales mecanismos de transmisión intergeneracional de las situaciones de pobreza y exclusión, al afectar las posibilidades educacionales de los menores, quienes suelen verse forzados a una incorporación temprana al mercado laboral a fin de complementar el ingreso familiar.

Es llamativa también, la escasa proporción que representan los mayores de 65 años en los hogares vulnerables. Esto podría ser indicador de una esperanza de vida significativamente menor para este grupo social. También podría significar que la estabilidad de los ingresos por jubilaciones y pensiones contribuirían en la identificación de los hogares como no vulnerables.

En relación a la situación ocupacional de los principales componentes del hogar, se destacan en primer lugar, los mayores niveles de desocupación entre las personas pertenecientes a hogares vulnerables. En el caso de los jefes de hogares vulnerables, el desempleo supera el 18%, casi el doble que entre los no vulnerables. Esta diferencia es atribuible a la mayor presión que ejercen los primeros sobre el mercado de trabajo, así como a sus menores posibilidades de inserción laboral, lo cual se refleja en una menor tasa de empleo (Cuadro 9).

Entre los cónyuges de hogares vulnerables, la tasa de desocupación asciende a poco menos del 23%, siendo el 8,9% la correspondiente a los cónyuges no vulnerables. En este caso la diferencia se debe a la menor inserción laboral que logran los primeros dados niveles de actividad similares.

En resumen, es posible observar que el deterioro o la inestabilidad de los ingresos de los hogares confluye con atributos específicos de los mismos que contribuyen a agravar las situaciones de desposesión derivadas de la pérdida del empleo, o de una inserción laboral insegura. Así, vemos como la vulnerabilidad social, tal como fue definida en este estudio, coincide en una medida considerable con características estructurales de los hogares, como son bajo clima educativo, tamaño numeroso, o elevada tasa de dependencia. Estas circunstancias profundizan al nivel de las familias, los efectos de la crisis ocupacional, a la vez que dificultan la superación de las situaciones de pobreza y exclusión.

Conclusiones

Los resultados del análisis efectuado en el presente trabajo permiten conocer desde una óptica multidimensional, aspectos relevantes de la dinámica que subyace en los procesos de pauperización y exclusión social. En efecto, el concepto de vulnerabilidad social tiende a indagar, no sólo en los indicadores tradicionales sobre pobreza, indigencia o desempleo, sino también en aspectos cualitativos más complejos que intermedian en el impacto de los problemas sociolaborales sobre las familias, así como en la transmisión intergeneracional de la pobreza y la exclusión estructural.

Sabido es, que durante la década del noventa la sociedad argentina se embarcó en un proceso de reformas estructurales cuyas secuelas sociales han sido la concentración de la riqueza, la expansión de las brechas entre ricos y pobres, y el crecimiento desmesurado de los niveles de pobreza e indigencia; todo ello en el marco de un mercado laboral signado por elevados y persistentes porcentajes de desempleo y subempleo estructural, y un progresivo deterioro en las condiciones de trabajo, evidenciado por los índices de informalidad y precariedad.

En el citado contexto, el mercado de trabajo se ha erigido en uno de los principales mecanismos a través de los cuales se canalizan y reproducen las tendencias excluyentes de la sociedad. Sin embargo, el modo en que los procesos de exclusión se materializan sobre las condiciones de vida de hogares y personas excede el ámbito estricto de lo laboral. En efecto, existen múltiples factores que median entre el perjuicio laboral directo que sufren los individuos y el deterioro en las condiciones de vida de los grupos sociales a los que pertenecen. A su vez,

estos factores condicionan las posibilidades de inserción laboral futura, reforzando un espiral de exclusión cuyo origen va más allá de la realidad inmediata que permiten ver los indicadores.

Desde esta óptica, el análisis efectuado en este trabajo parte de un enfoque sociolaboral de la vulnerabilidad social, el cual es ampliado con la inclusión de variables sociodemográficas que definen características estructurales de los hogares. El estudio muestra claramente como la vulnerabilidad sociolaboral aparece vinculada al elevado tamaño del hogar y al bajo clima educativo. La primera variable influye en forma directa en la tasa de dependencia, agravando el impacto social de la pérdida de un puesto de trabajo en estos hogares; mientras que el clima educativo condiciona las posibilidades de inserción de los principales referentes de la familia, lo que se manifiesta en las altas tasas de desocupación que exhiben tanto jefes como cónyuges en los hogares vulnerables. Asimismo, la elevada proporción de menores en este grupo incrementa los riesgos potenciales derivados de la crisis ocupacional al incidir forzosamente en la tasa de dependencia.

Todos estos factores modelan el impacto social de las problemáticas laborales. La forma en que el desempleo, el subempleo o la precarización se articulan con las características estructurales de los hogares contribuyen a definir el modo en que se concretizan los procesos de fragmentación y desintegración social. Sin embargo, no es posible establecer entre estos elementos relaciones de causalidad lineal. Por el contrario, todos ellos constituyen una manifestación tangible de tendencias expulsivas cuyo origen está en el funcionamiento intrínseco del modelo de acumulación.

Cuadro 1: Cantidad y porcentajes de hogares vulnerables. Octubre 2002

	<i>Frecuencia</i>	<i>Porcentaje</i>
Hogares vulnerables	76.800	45,7
Hogares vulnerables por deciles de ingresos per cápita familiar 0 a 3	52.700	31,4
Hogares vulnerables por deciles de ingresos per cápita familiar 4 a 7	24.100	14,4
Hogares no Vulnerables	91.100	54,3
Total hogares en Octubre 2002	167.900	100,00

Fuente: Elaboración Propia sobre la base de datos de la EPH.

Cuadro 2: Clima educativo de los hogares según condición de Vulnerabilidad Social. Octubre 2002.

	<i>Hogares Vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
Nivel Bajo	12,4%	7,9%	10,0%
Nivel Intermedio	54,9%	37,3%	45,3%
Nivel Medio	26,8%	36,7%	32,2%
Nivel Alto	5,9%	18,1%	12,5%
Total	100%	100%	100,0%
			167.900

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

Cuadro 3: Incidencia de la Vulnerabilidad Social según Clima Educativo de los hogares. Octubre 2002

	<i>Hogares Vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
Nivel Bajo	56,9%	43,1%	100%
Nivel Intermedio	55,3%	44,7%	100%
Nivel Medio	38,1%	61,9%	100%
Nivel Alto	21,5%	78,5%	100%
Total	45,7%	54,3%	100%
			167.900

Fuente: Elaboración Propia en base a datos de la EPH.

**Cuadro 4: Tamaño de los hogares según condición de Vulnerabilidad Social
Octubre 2002.**

<i>Tamaño del Hogar</i>	<i>Hogares Vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
1	14,1%	24,4%	19,7%
2	16,6%	38,1%	28,2%
3	21,5%	16,8%	19,1%
4	23,6%	13,8%	18,3%
5	12,9%	4,7%	8,4%
6	5,9%	1,4%	3,4%
7 o más	5,5%	0,8%	2,9%
Total	100%	100%	100%
			167.900

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**Cuadro 5: Incidencia de la Vulnerabilidad Social según tamaño de los hogares.
Octubre 2002**

<i>Tamaño del Hogar</i>	<i>Hogares Vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
1	32,8%	67,2%	100%
2	26,9%	73,1%	100%
3	51,7%	48,3%	100%
4	59,1%	40,9%	100%
5	69,8%	30,2%	100%
6	78,4%	21,6%	100%
7 o más	85,9%	14,1%	100%
Total	45,7%	54,3%	100%
			167.900

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH

**Cuadro 6: Tasa de dependencia según condición de Vulnerabilidad Social
de los hogares. Octubre 2002**

<i>Tasa de Dependencia</i>	<i>Hogares vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
1 a 1,9	37,2%	63,7%	50,2%
2 a 2,9	29,2%	25,3%	27,3%
3 a 3,9	21,0%	8,6%	14,9%
4 a 4,9	7,0%	1,7%	4,4%
5 a 5,9	1,6%	0,7%	1,2%
6 o más	4,0%	0,0%	2,0%
Total	100%	100%	100%
			122.700

Fuente: Elaboración Propia en Base a datos de la EPH

Cuadro 7: Incidencia de la Vulnerabilidad Social según tasa de dependencia de los hogares. Octubre 2002

<i>Tasa de Dependencia</i>	<i>Hogares vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
1 a 1,9	37,8%	62,2%	100%
2 a 2,9	54,5%	45,5%	100%
3 a 3,9	71,8%	28,2%	100%
4 a 4,9	81,1%	18,9%	100%
5 a 5,9	70,7%	29,3%	100%
6 o más	100%	0,0%	100%
Total	51,0%	49,0%	100%
			122.700

Fuente: Elaboración Propia en Base a datos de la EPH

Cuadro 8: Estructura de edades de la población según condición de Vulnerabilidad Social de los hogares. Octubre 2002

	<i>Hogares vulnerables</i>	<i>Hogares No Vulnerables</i>	<i>Total</i>
Menores 15 años	32,1%	17,0%	24,2%
Personas entre 15 y 64 años	61,3%	62,8%	63,6%
Mayores de 65 años	6,6%	20,2%	12,2%
Total	100%	100%	100%
			631.700

Fuente: Elaboración Propia en Base a datos de la EPH

Cuadro 9: Condición de actividad de los jefes y cónyuges según condición de Vulnerabilidad Social de los hogares. Octubre 2002

	<i>Cónyuges</i>		<i>Jefes</i>	
	Hogares Vulnerables	Hogares No Vulnerables	Hogares Vulnerables	Hogares No Vulnerables
Ocupado	38,4 %	45,7%	66,7 %	58,8%
Desocupado	11,4 %	4,5%	15,3 %	6,7%
Inactivo	50,2 %	49,8%	18 %	34,5%
	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: Elaboración Propia en Base a datos de la EPH

Bibliografía

- Alegre, Patricia; Lanari, María Estela; López, María Teresa. 2001. "Empleo en Mar del Plata: restricciones y oportunidades. Análisis del mercado de trabajo local en el contexto de la evolución nacional". Revista FACES N° 9. Fac Cs. Económicas y Sociales, UNMdP. Mar del Plata.
- Alessandro, M; Alori, L; González, M; Gurzi, L; Halperín Weisburd, L; Labiaguerra, J; Mirabelli, R; Siffredi, L. 2000. "Ajuste y Política Social. Los procesos de focalización y descentralización en el Mercosur". Revista Ciudadanos. Buenos Aires.
- Atucha, Ana; López, María Teresa; Volpato, Guillermo. 1998. "Mar del Plata, una ciudad a puro servicio?" en Revista del Consejo Profesional de Ciencias Económicas, delegación General Pueyrredon, Año 1, N° 4.
- Bayliss Smith, Tim. 1991. "Food security and agriculture sustainability in the New Guinea Highlands: vulnerable people, vulnerable places", en IDS Bulletin, Sussex, Reino Unido.
- Buchanan-Smith, M.; Maxwell, S. 1994. "Linking relief and development: an introduction and overview", en IDS Bulletin, Sussex, Reino Unido.
- Busso, Gustavo. 2003. "Vulnerabilidad sociodemográfica en Nicaragua". CEPAL-Serie Población y Desarrollo N° 17. CELADE-FNUAP. Fondo de Población de las Naciones Unidas, Oficina de Nicaragua. Santiago de Chile.
- Cariola, Cecilia. 1994. "Un marco teórico-metodológico para analizar la pobreza urbana: las estrategias de sobrevivencia". CENDES. UCV. Caracas.
- Chambers, Robert. 1989. "Vulnerability: How de poor cope?", en IDS Bulletin, Sussex, Reino Unido.
- Chambers, Robert. 1995. "Poverty and Livelyhoods: Whose reality counts?", Discussion Paper N° 347, IDS, Sussex, Reino Unido.
- Franco, Rolando. 1996. "Los paradigmas de la política social en América Latina", en Revista de la CEPAL N° 58.
- Kaztman, Rubén. 2000. "Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social", en BID-Banco Mundial-CEPAL-IDEC, 5° Taller Regional. La medición de la pobreza: métodos y aplicaciones. Santiago de Chile.

- Kaztman, Rubén (coord.). 1999. "Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay". PNUD-CEPAL. Montevideo.
- Kaztman, Rubén et al. 1999. Vulnerabilidad, activos y exclusión social en Argentina y Uruguay. Serie Exclusión Social-Mercosur, Documento de Trabajo 107. OIT. Chile.
- Lacabana, Miguel; Alegre, Patricia; Baino, Daniel; G. de Rearte, Ana; Lanari, María Estela; López, María Teresa; Malamud, Claudia. 1997. "Mar del Plata en transición. Mercado de trabajo local y estrategias familiares." Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UNMdP/CGT. Mar del Plata.
- Longhurst, Richard. 1994. "Conceptual frameworks for linking relief and development", en IDS Bulletin, Sussex, Reino Unido.
- López, MT; Lanari, ME; Alegre, P. 2001. "Pobreza y desigualdad en Mar del Plata". Rev. Ciudad y Región. Rev. de Economía y Sociedad, Escuela de Economía, N° 5, Dic.2001, I.S.S.N 1514-0334 Fac. de Ciencias Económicas de la Univ. de Rosario.
- Monza, Alfredo 1999. "Niños y adolescentes en la crisis ocupacional. Un abordaje desde la perspectiva de la política de empleo". UNICEF. Oficina de Argentina.
- Moser, Caroline. 1998. "The assets vulnerability framework: reassessing urban poverty reduction strategies", World Development, vol. 26, N° 1, Reino Unido.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo. 1991. "Informalidad urbana en América Latina. Enfoques, problemáticas e interrogantes ". FLACSO. Ed. Nueva Sociedad. Guatemala.
- Vinocur Pablo, 1998. "Exclusión y pobreza. Derechos y oportunidades perdidas de los niños"En: Hoy y mañana: salud o calidad de vida para la niñez argentina CESNI.